El día que todo cambio

Víctor Hugo Fernández

Capítulo 1

El día que todo cambio.

Como olvidarlo mi vida era genial, una hermosa familia, dos hijos mi propio empleo. De pronto la angustia que precede a la gran tormenta, mis sentidos se alteran y las ideas intrusivas hacen su aparición como densos nubarrones que presagian el agua. Esos pensamientos que aunque carecen de lógica, llevan a la compulsión de hacer cualquier cosa irracional, pero que esconden la falsa promesa que al realizarlos me dejaran en paz, luego me veo una y otra vez realizando el rito, como si por ver debajo de la cama o contar las bisagras ayudara en algo.

A comienzo de siglo se pensaba que esta enfermedad era la manifestación de una posesión demoniaca, en la actualidad se cree que se produce por un daño en la membrana de los ganglios basales y que con un tratamiento a base de clomipramina se puede erradicar la enfermedad, sino aunque más no sea disminuirla. La terapia es larga y en el transcurso me alejo de los que amo, consuelo, hay cosas peores que debería darme paz pero pareciera que ella no se deja tomar fácilmente.

Como ocurre en la naturaleza, luego de la tormenta más endemoniada sobreviene la calma, el sol vuelve a salir y con ello la esperanza de un vivir mejor. Veo que éste con sus rayos casi místicos me envuelven como queriendo expresar que no está dicha la última palabra y que como en una primavera todo comienza a florecer con la certeza de que viene algo mejor.

Seguramente será distinto, pero para bien. Vuelvo a echar raíces como corresponde a cualquier árbol que se quiera erguir, los problemas son distintos, la vida es distinta pero vale la pena, comienzo a darle a todo su justa importancia y como las hojas que mueve el viento me dejo llevar como ellas. Las preocupaciones tienen su justo valor y si peco será por darles menos valor de lo que tienen, me siento tranquilo he vuelto a tener paz y con ello sobreviene la felicidad de los que no claudicaron en los momentos difíciles, teniendo la esperanza aunque fuera efímera de que todo volverá a su lugar. Problemas habrá siempre, si no la vida sería aburrida, el secreto está en cómo los afrontamos.

Ya han pasado unos meses y alejados los nubarrones más densos y aun cuando quiero comenzar a saborear la batalla ganada, veo algunos refucilos desatándose en pequeños chubascos, que si bien no son ya las tormentas que me atormentaban, ahora solo permanecen latentes como una débil señal de alarma. Pero acaso ¿no debemos todos llevar nuestra cruz? ¿Debería quejarme si a veces sintiera el azote en mi espalda? Creo que no, debería unirlo a la pasión de mi señor y entender que aunque me produzca heridas, ya no volverán a doblegarme. Porque los grandes

árboles no se valoran solamente por su altura sino por los vientos y las lluvias que han soportado en silencio, erguidos e indemnes.

Victor Hugo Fernandez